

Safari guanacasteco

## Cacería de siquiátras

Escribe José León Sánchez

Cuando Elsa me llamó desde la clínica Carlos Durán donde ejerce como médico general, la verdad es que lo que me narró de Guillermo, su esposo, no despertó mi atención. Ni siquiera después, cuando en su casa me enseñó lo que Guillermo había solicitado por correo desde Alemania: "Curso intensivo sobre el arte de matar elefantes".

—No te debes de preocupar Elsa —le dije— seguramente tu marido se está preparando para un safari africano, de esos que de vez en cuando arreglan las agencias de viaje.

Tampoco me sorprendió cuando Elsa me contó que Guillermo se había comprado tres fatigas de campaña, militares; botas altas de tubo, lentes de larga vista, cantimplora, una tienda de campaña y un viejo casco alemán, desecho de guerra.

Pero reconozco que me asusté cuando Elsa, la esposa de Guillermo, toda nerviosa me dijo que Guillermo había llegado un día con una ametralladora! El asunto estaba a la vista, Guillermo estaba enredado en alguna guerrilla! Mi sorpresa fue grande. El que un médico se haga guerrillero no es nuevo pero el problema es que Guillermo es siquiátra y que yo sepa todavía ningún siquiátra se ha enmontado en las selvas de América Latina para derrocar gobiernos dictatoriales.

El susto se nos pasó cuando Guillermo nos enteró de que él y dos siquiátras más (uno de Heredia y el otro de San Joaquín de Flores) estaban preparando una gira de cacería por las fieras montañas del Guanacaste.

—¿Y la ametralladora?

—Es prestada por gentileza de un coronel de este gobierno y es que dicen que con un ráfaga de ametralladora no se pierde tiro.

—Bueno, si es así Guillermo, espero que tengan éxito.

No le dije más porque desde hace muchos años sé que con los siquiátras no se puede discutir. Con ellos es como con los juegos de feria en Zapote: si usted apuesta pierde, si no apuesta, también pierde!

El deportista siquiátra de Heredia (que se llama como me llamo yo) junto con el de San Joaquín eran los más "fiebres" de modo que en la casa de Elsa y Guillermo se reunirán. Compraron unos perros finísimos y tres tiendas de campaña: una para cada siquiátra. También se instaló una estación de radio para que sus esposas se comunicaran con ellos cada noche. Después alquilaron una camioneta y una buena tarde de fin de semana se fueron en busca de los animales que hay en las selvas del Guanacaste.

Desde aquí en adelante habla Guillermo ante los ojos asombrados de su esposa Elsa. La verdad es que la entrada de Guillermo en su casa fue teatral. Venía lleno de polvo hasta la punta del casco alemán.

—¿Pero y los perros?— le preguntó Elsa al ver que ellos no venían con los cazadores.

—Verás —explicó Guillermo sin ganas— que los tuvimos tres días sin comer y luego los soltamos en un zacatal que lo tapaba a uno. Los perros salieron a la estampida y regresaron a oler nos las botas. Luego se fueron directos a un potrero lleno de vacas y toros, se dieron una hartada de boñiga y se echaron a dormir. Los regalamos en el camino.

No dije nada. Solamente tomé nota. Sabía que los perros les habían costado a los siquiátras algo así como un "cachimbal" de dólares.

—¿Y la cacería? —le preguntó Elsa.

—Verás que llegamos. No había montaña en ningún lugar de Guanacaste. A los tres días (sea ayer) en la mañana se nos atravesó un zahino de lo más grande que he visto en mi vida. Te digo que para mí ver superaba cuatro veces al del parque Bolívar. No extrañó ver un zahino tan cerca de

Pasa a la Pág. 32

## Cacería de siquiátras

Viene de la Pág. 30

los potreros. Mi compañero sacó una guía de cazadores y se encontró con que los zahinos dejaban la manada cuando están tristes o en celo.

—¿Era grande el animal? —preguntó Elsa.

—Grandísimo... Su presencia nos levantó el pánico. Como estaba comiendo muy tranquilo, lo primero que hicimos fue tomarle fotografías. Le tomamos siete cada uno. Luego mi amigo el doctor B sacó una máquina filmadora y le tomó una película a colores. Luego yo me lancé a tierra y le metí a la ametralladora una carga de cuarenta tiros y apunté...

—¿Lo mataste Guillermo?— preguntó Elsa.

—Te podemos imaginar! Estaba como a diez metros del cañón de la ametralladora y prácticamente le arancé la cabeza. El cuerpo quedó a un lado y la cabeza por otro. Luego tomamos fotografías del zahino tanto en negro como en blanco. Después solicité al doctor L. Que me tomara una película. Con mil esfuerzos logramos arrastrarlo hasta la camioneta. Pero aquí vino lo bueno; cuando el doctor L. iba a arrancar se nos paró frente a la camioneta un campesino con una guávil calibre 28.

—Si arancan esa camioneta los mató!

—¿Qué le sucede señor? —preguntó el doctor B todo lleno de nervios.

—¿Qué me pasa? Todavía lo preguntan sinvergüenzas? Yo los estaba mirando desde hace rato rondando el chanco...

—¿Cuál chanco?

—Pues el que llevan dentro de la camioneta ¿creen que no los estaba vigilando desde hace rato?

Bueno, sí: era un chanco! El campesino se empeñó en que teníamos que pagarle el cerdo.

—¿Cuánto vale?

—Trescientos noventa colones.

Entre los tres si acaso logramos reunir la cantidad de dinero que nos pidió. Pero cuando quisimos arrancar de nuevo el hombre nos apuntó y dijo:

—¡Un momento, no lo que es el chanco ustedes no se lo llevan!

—¿Y qué? —vuelve a preguntarle Elsa.

—Ya lo verás, ya lo verás: que tuvimos que pagarle el chanco y además dejárselo allá.

—¿.....?

—También le regalamos los perros y mañana devuelvo la ametralladora pues la verdad es que me han quitado las ganas de volver de cacería a las montañas del Guanacaste.